



Seix Barral Biblioteca Breve

Marta Allué

Perder la piel





Seix Barral Biblioteca Breve

Marta Allué

Perder la piel

© Marta Allué, 1996, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 1996, 2015
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-322-2506-2
Depósito legal: B. 16.278-2015
Composición: Àtona - Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

9	1. LA SECUELA MÁS LARGA
15	2. LA ALCARRIA
23	3. MADRID
25	«Estos pacientes se mueren»
26	«Se está muriendo»
28	Me están haciendo mucho daño
37	Despertar
53	<i>Vivre autrement</i>
64	El ataúd de acero
74	Tormentos
83	Cuidadores y curadores
96	<i>A little help from my friends</i>
107	«Fuera»
114	Volver a casa por Navidad
122	La profecía
126	Tomar decisiones

129 4. TARRAGONA

131 «*Ja sóc actí*»

136 Fines de semana libres

147 Caminar

153 Terapia

163 «Marta, ¿ha valido la pena?»

167 *Many rivers to cross*

177 Barcelona 92

182 La estética

188 La *rentrée*

194 Conducir

198 Otras opiniones

209 5. GALVESTON, TEXAS

237 6. BARCELONA

245 7. MEDITERRÁNEO

247 Mis espejos

258 ¿Valió la pena?

260 El lado oculto de la luna

263 Gracias

267 *Nota de la autora*

1

LA SECUELA MÁS LARGA

Parece como si extrañas fuerzas quisieran borrar todo cuanto escribo para que no quede jamás constancia de lo ocurrido en los años que han transcurrido desde aquel maldito 9 de julio de 1991 en que perdí la piel en un lugar de la Alcarria. Hace ya cuatro años.

Le he dado muchas vueltas a esta historia. Desde el principio deseé que viera la luz. Recuerdo la primera vez que lo dije. Alba, la enfermera, me escuchaba a los pies de mi cama, en la UCI. Contestó que leería el texto. No me creyó, seguro. Cuando empezaron a levantarme, un mes después de despertar definitivamente, registré en una cinta el relato de los sueños que me estuvieron atormentando mientras estuve bajo la embriaguez farmacológica. No quería olvidarlos. Un año después, la cinta registrada no aparecía por ningún lado. Una tarde, cuando ya andaba grabando ideas sobre cintas viejas para lo que iba a ser este libro, al rebobinar escuché una voz femenina de ultratumba, quejumbrosa y débil explicando una escena de crímenes espantosa. Era yo. La grabación estaba incompleta. ¿Qué hado se ha ensañado conmigo logrando que gran parte de las ideas que fui recogiendo en estos años se borrarán de cualquiera de los soportes que utilicé?

Un inoportuno virus hizo desaparecer parte del texto del ordenador, el desorden en mis papeles dio al traste

con algunos documentos manuscritos, y cuando estaba enfrascada en la escritura sonaba el teléfono o se presentaba en casa una visita. Escribía y borraba, volvía a repetir, haciendo de ideas y palabras bordados interminables. Me he sentido como la Amaranta de *Cien años de soledad*, tejiendo una mortaja que nunca podía acabar.

Las dificultades en el proceso de elaboración de este libro corrieron paralelas a mis avances motrices. Al principio no podía ni apretar el botón del magnetofón, después me costó mucho sostener la pluma entre mis dedos y tuvieron que pasar algunos meses más hasta conseguir manejar un ordenador con cierta agilidad. Entretanto, cuatro o cinco intervenciones quirúrgicas truncaron el ritmo adquirido además de modificar intensamente la percepción del pasado, obligándome a revisar continuamente los fragmentos de este relato que en otro momento di por válidos. Si materializar los recuerdos fue difícil, aún más lo fue digerir las críticas personales, que no literarias, que recibí de los pocos que leyeron parte de los manuscritos. Me hirieron el alma. Me dolió que no supieran leer entre líneas, que no supieran interpretar lo que únicamente era una demostración de sincero y devoto agradecimiento.

Secuela, sí. Porque se aprende a vivir con las secuelas. Yo lo he hecho también con esta historia. La vivo cada día sin necesidad de mirarme al espejo porque se ha quedado pegada en mi memoria. El recuerdo me persigue. Está detrás de cada esquina. Si pasa un rato y lo olvido, una punzada en el pie, un objeto que me resbala de las manos o el borde de una hoja de papel que siega mis dedos abre de nuevo la pantalla para recordarme que aquella historia sigue ahí, con doscientas copias de seguridad que impedirán que nunca más pueda borrarse.

Traté de escribir para exorcizar al fantasma. No pude. Sigue encadenado con una bola tan pesada que ni el óxido del tiempo la destruirá. Además, me hace llorar. Cuatro años después sigo llorando de rabia. Cuatro años después las lágrimas siguen acudiendo a mis ojos cada día, cada vez que se enciende la pantalla.

Todo eso es lo que voy a tratar de transmitir aunque sé que va a ser difícil mostrar sólo la punta del iceberg.

2

LA ALCARRIA

Desde la adolescencia tuve la sensación de que una especie de estigma asociado al dolor y al sufrimiento físico me acechaba. Nunca imaginé para mí una existencia lineal, feliz y sin problemas. Además presentía que mi historia se acabaría antes de cumplir los cuarenta. En cualquier caso no me inquietaba, simplemente era una idea que me acompañaba.

Esa absurda fijación tenía una explicación sencilla que nunca fui capaz de reconocer: mi padre y mi madre sufrieron sendas tragedias a lo largo de muchos años de sus vidas, y por un sentimiento de culpabilidad me había autoflagelado a menudo por ser yo la espectadora y no la víctima. Nunca vi caminar a mi padre. Sufrió un accidente de tráfico cuando yo apenas había aprendido a hablar. De pequeña decía que papá tenía las piernas paradas y creía que todos los padres eran así: señores sentados. Vivió treinta años con su paraplejia.

Al llegar a la adolescencia le llegó el turno a mi madre: un cáncer de cuello de útero. Eso fue el inicio. Me convertí en su compañera de viaje durante diez años hasta que murió miserablemente tras una terrible e interminable agonía.

La enfermedad y la muerte de mi madre presidieron mi juventud y el hándicap de mi padre el resto de mi vida

hasta que falleció dignamente un año antes de mi accidente. A partir de entonces, por primera vez desde que me alcanzaba la memoria, no tuve que preocuparme más que de mis hijos.

Sufrí una fuerte depresión: no sabía vivir sin tener que responsabilizarme más que de mi propia familia. Me encontraba vacía e inútil. Tardé tiempo en comprender que vivir no significaba necesariamente ocuparse de la salud de los demás, de curar y cuidar, sino de velar por el bienestar y el cariño de los míos. Cuando me recuperé, gocé de uno de los períodos más agradables, aunque brevísimo, de mi existencia. Empecé a sentirme muy bien, distinta. Había cosas que me ilusionaban mucho por primera vez. Tenía proyectos que podrían realizarse al depender exclusivamente de mi esfuerzo y no de mis circunstancias familiares. Me sentía absolutamente satisfecha y disfrutaba con el trabajo que realizaba a pesar de no ser la profesión de mis sueños. Estaba más segura de mí misma y notaba que los demás valoraban la eficacia de mi actividad profesional, cuando antes parecían haber confiado poco en mi capacidad y entrega. Además, físicamente me encontraba mucho más atractiva, más madura. Tenía treinta y cuatro años.

En mayo compramos una autocaravana. Formaba parte de ese gran paquete de ilusiones. Era perfecta. La elegimos cuidadosamente entre docenas porque conocíamos con exactitud nuestras necesidades en materia de viajes. Teníamos proyectado recorrer algunos países del Este y quizás volver a Berlín. Pero había que rodarla antes de salir a Europa.

El 9 de julio de 1991 había algo en el ambiente que no encajaba. La mirada azul e intensa de mi hijo pequeño aumentó mis sospechas, me atravesaba y se perdía más

allá de mí. No era la primera vez que presentía una amenaza que estaba fuera de mi control. Siempre intuí que si algo ocurría sería en el interior de un vehículo. Pero esta vez no era igual. La sensación fue fugaz pero mucho más intensa.

El calor a media tarde era sofocante. Rodábamos a buena marcha por una recta interminable. Los niños dibujaban en la parte de atrás. Nosotros no hablábamos. De repente, una inmensa llama blanca, como un gigantesco soplete, se alzó entre mis piernas. «¡Qué pasa! —grité—. ¡Para, para! ¡Frena!» La cabina empezó a arder. Las llamas me rodeaban mientras yo intentaba deshacerme del cinturón de seguridad para poder abrir la puerta y saltar a la calzada, pero no lo hice hasta que mi marido logró detener el vehículo. Entonces dije en voz alta: «Lo sabía, sabía que iba a pasar».

Sin pensarlo, como si estuviera entrenada para ello, me acerqué a la cuneta e hice rodar mi cuerpo en posición fetal por el pequeño terraplén para tratar de apagar las llamas. Después me levanté. Durante esos instantes creí que mis hijos se estaban quemando en el interior de la caravana y chillé para que los socorrieran. Volvía a ser lo de siempre: yo espectadora y no víctima. Yo vivía. Había logrado salir. Cuando vi a alguien tratando de abrir la puerta lateral del vehículo todavía intacta pude alejarme. Caminé a trompicones unos diez o quince metros gritando a los que se estaban acercando que no lo hicieran porque la camioneta podía explotar. Me tumbé en medio de la calzada y tomé, por primera vez, la posición del quemado, con las piernas y brazos flexionados. Entonces, mientras dos personas me levantaban para meterme en un coche, pude ver a mi marido con un niño en brazos y otro a su lado sanos y salvos. Intactos.

Era un coche azul con la tapicería gris, jaspeada. Nuevo. Dos hombres de mediana edad con aspecto de ejecutivos me acompañaban. Circulábamos a gran velocidad. Me llevaban hasta Guadalajara. Al principio me repitieron varias veces que estuviera tranquila, que mi familia no estaba herida. Después se hundieron en el silencio más absoluto. Yo sólo dije una cosa: que sentía estropearles la tapicería con la sangre negra y espesa que manaba de mi pie derecho. Debía de oler fatal. Pero eso lo pensé mucho tiempo después.

Pasé el largo trayecto resistiendo, no sé qué, pero resistiendo. La resistencia consistía en pensar rápido y constantemente. Frases cortas y repetitivas. Estimulantes. Me repetía que estuviera tranquila, que ya había pasado y que por una vez me había tocado a mí y no a los otros, que eso era un triunfo. Que en seis meses o un año saldría del hospital, quemada pero viva.

Sentía perfectamente cómo se me iba arrugando el rostro, como si fuese un plástico; el párpado izquierdo hacia arriba, la boca empequeñeciéndose por momentos. Constantemente trataba de mover los dedos de la mano derecha pretendiendo evitar que se hincharan y perdieran el riego normal. Tenía sed, muchísima sed, pero era incapaz de humedecerme los labios con la lengua. Lo que más me dolía —¡qué estupidez!— era la herida del pie que me hice al bajar de la caravana, la que manchaba la tapicería. No creía estar excesivamente grave, mi piel tan sólo amarilleaba. Conservaba intacta la consciencia y eso, para un profano, es indicio de estar fuera de peligro.

Superar esos momentos fue difícil, pero no tanto porque sabía qué siente quien se quema extensamente. Mi padre —excelente maestro en el arte de enfrentarse con las situaciones más extremas de la vida—, también se

quemó el rostro y las manos durante la guerra civil. Me lo había dicho: «Al principio, cuando te quemas no notas gran cosa, es después». Confié, confié que aquel después fuera en manos de los médicos que tratarían de calmar el dolor. Mientras tanto, únicamente sentía un terrible malestar que me iba aturdiendo lentamente.

Al llegar a Guadalajara todavía conservaba cierto ánimo que se acrecentó con el aliento de Commie, mi marido, quien me dijo que no me preocupara porque las quemaduras eran extensas pero superficiales. Él no lo recuerda, supongo que porque falló de pleno el diagnóstico más difícil de su vida profesional, porque yo estaba gravísima. Después de eso me limité a repetir a los que me rodeaban que me llevaran a la Unidad de Quemados de La Paz o al Hospital de la Vall d'Hebron en Barcelona. Me pusieron un gotero y me metieron en una ambulancia con un enfermero. Entonces sí, empecé a sentirme cada vez peor a pesar de los calmantes y no paré de preguntar cuánto faltaba para llegar a Madrid, mientras entraba y salía del aturdimiento.

Nadie me tocaba. Un cirujano. Dos enfermeras rubias. Alguien más detrás. Las enfermeras comentaban a media voz, cuchicheaban, como si temieran asustarme con sus palabras. Oí que decían «es un ochenta por ciento». Abrí los ojos de nuevo y les dije que se callaran o que me dijeran claramente qué me estaba ocurriendo, que las estaba oyendo. No contestaron. Unos flashes rápidos hicieron que asociara el «es un ochenta por ciento» con la tragedia del Camping Los Alfaques y el atentado de Hipercor: los heridos con más de un cincuenta por ciento de la superficie del cuerpo quemada habían tenido infinidad de dificultades para sobrevivir o habían muerto. Yo iba a morir.

Tardé escasos segundos en admitirlo: no en vano me había entrenado durante muchos años para ese momento y, además, ya no aguantaba más. Se me acabaron las fuerzas. Lo único que quedaba por resolver era conseguir hacerlo sin dolor e inconscientemente. Fue entonces cuando me dirigí a los que me rodeaban diciéndoles que como miembro de la asociación Derecho a Morir Dignamente les rogaba que me durmieran para no sufrir y que, llegado el momento, desconectarán el respirador que me mantuviera artificialmente con vida. Cerré los ojos y me abandoné para hundirme serenamente en un sueño del que no creí volver a despertar.